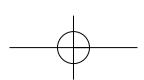
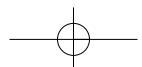


## CAPÍTULO V

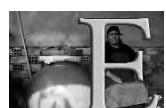
### VIDA COTIDIANA

Francisco J. Coll Espinosa





## VIDA COTIDIANA



STE capítulo nos ofrece la oportunidad de realizar un viaje emocionado a nuestra historia más cercana, al interior de nosotros mismos, desde unas imágenes en las que más allá de la escena visionada, remonta a algunas personas a recuerdos de ayer y, a otras, mostrarles algunos retazos de la vida cotidiana de la época anterior que ha dado lugar a la actual.

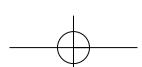
Cada imagen, cada escena, también cada sombra, cada mirada con que nos vamos a encontrar en las siguientes fotografías, nos van a llenar de recuerdos, unas veces inespecíficos y otras muy concretos, pero que nos van a recorrer lo más íntimo de cada uno.

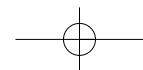
Cada imagen nos devuelve lo bello de lo humano, la nostalgia precipitada de aquello que se vivió o que se pudo haber vivido. Al observar detenidamente cada fotografía, atrapa nuestra mirada y nos invita directamente a formar parte viva de la escena, a situarnos en el centro de la misma casi a punto de participar activamente, a vivir en el presente el calor de lo vivido. Y no importa tanto haber formado parte viva de esas escenas ni de ese tiempo, ya que, en todo caso, son escenas de personas y de situaciones que invaden la imaginación por pertenecer a momentos de vida de nuestro pueblo; son escenas de la vida de personas que reflejan el modo de vida de una época que nos precede en lo inmediato. Son imágenes de nuestra historia más próxima, de nuestras gentes más cercanas.

La mirada que nos devuelve el paisaje de lo cotidiano hace viva la huella del silencio que evocan tiempos pasados, una huella tan imperecedera como inconsciente, pero que, por ello, es lo más actual en cada uno. Nuestro desarrollo como personas está determinado y vivo por el cómputo de vivencias sentidas. La emergencia por vivir, por amar, por ilusionar, por olvidar, por vivenciar, por ser reconocidos por los otros, convoca un presente que mira a un futuro como promesa. Incluso diría que esta emergencia por sentirnos llenos de vida, nos puede impedir valorar la realidad emocional del presente en aras de la fantasía de un tiempo mejor.

Consustancial al ser humano es la construcción de su modo de vida y, por tanto, la tensión e insatisfacción que esto genera escinde de modo importante la vivencia del presente y olvida las huellas que nos hacen ser como somos. Las fotografías de este capítulo nos ponen de manifiesto y, diría que de modo impactante, las huellas escondidas pero actuales de las emociones de nuestra historia vivida y/o de nuestra herencia más cercana.

La variedad de las fotografías y sus escenas, los personajes encarnados, las experiencias que expresan, son un recorrido vivencial de los valores intemporales que nos dan forma como personas: el trabajo, el amor, el placer, el esfuerzo, el tiempo, la tragedia, el valor de la comu-





nidad, lo familiar, lo transgeneracional, el respeto a las emociones, el valor de la pérdida, etc. Moralejas y mensajes pueden extraerse tantos como se quiera o se pueda de la riqueza de cada fotografía, de cada imagen.

En cada imagen, forme o no parte de nuestra historia vivida, no solo miramos la escena; a poco que nos dejemos embargar por la curiosidad y los pequeños detalles, es la imagen la que nos mira y nos hace querer recorrer esas calles, dialogar con los personajes, participar de esos momentos, ...

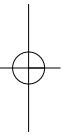
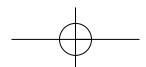
Lo cotidiano, la vida cotidiana es la esencia de lo bello de cada uno, de la construcción del mundo de las ideas, de la construcción de nuestro espacio psíquico y vivencial. Todo es mutable por la acción del tiempo, pero lo que es inmutable es la marca emocional que el paso del tiempo configura en cada uno.

La historia no solo ha de ser narrada, sino, en este caso, la descomponemos en imágenes. Imágenes que nos llevan a lo arcaico y lo nuevo a la vez, que exponen la contradicción y, a su vez, la verdad de las cosas y revelan que el paso del tiempo no es solo historia sino la fuerza del presente; en ellas, el pasado se actualiza. Ellas posibilitan la producción de una verdad propia para cada uno.

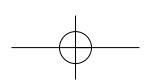
A los más jóvenes, no les va a ser fácil reconocer como parte de nuestra historia estas escenas, dada la velocidad con la que se producen cambios en la sociedad actual. A los más adultos, por el contrario, les va a producir sensaciones variopintas y, quizás contrapuestas; por una parte, añoranza por un estilo de vida y, por otra, alegría de superar las características de esos tiempos.

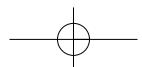
El tiempo pasa por nosotros casi sin darnos cuenta, pero deja en todos una huella particular y colectiva que no siendo perceptible, es actual en nuestro modo de ser individuales y colectivos. La historia de unos propone el futuro de otros; podríamos decir que la historia nos piensa y desde ahí pensamos nuestro futuro. Estas páginas son una muestra viva de ello y en la mirada que nos devuelve encontramos el abrigo de la nostalgia y la ilusión. ¿Quién mira a quién en cada imagen? Las escenas de la vida cotidiana nos envuelven en el calor de lo familiar, en la promesa de un futuro, en la nostalgia de lo vivido, en la nostalgia de lo por vivir.

En la fotografía de esta introducción vemos la visita del médico rural. Imagen amable que nos muestra el modo de vivir de una época. Lo familiar era el mejor ámbito hospitalario, donde mejor que una camilla tenemos las piernas y brazos de la madre y como espacio de consulta la mirada de los abuelos y hermanos.

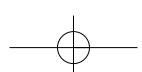


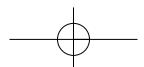
Niños que juegan, dibujando en la tierra las normas para su juego, en una expresión atenta y confiada.



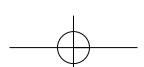


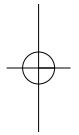
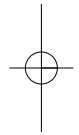
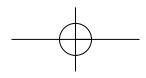
Niñas y niños artesanos de sus propios juegos y juguetes,  
corriendo en la libertad de las calles, sintiendo la vida y la alegría de vivir.



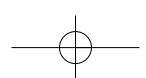


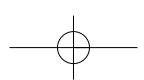
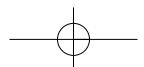
Fresco lugar de reunión, el carrito del “chambi”.  
Quién de nosotros, ya mayores, no acudió con una “perra gorda” en la mano.

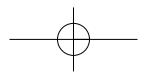




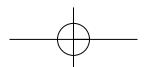
A la escuela. Alegrías de encuentro, prisas por aprender, agua impertinente.



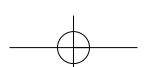


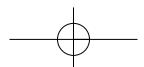


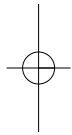
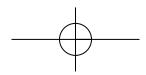
Trabajo en la fábrica. Las incomodidades y dureza del trabajo no impedía que el sudor compartido facilitase lazos de amistad y esperanza.



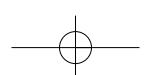
Las mujeres, todas con su delantal, trabajaban en los almacenes seleccionando y envasando de forma artesanal uva, frutas, naranjas, limones... Con ello llevaban a casa un jornal necesario para sus escasas economías domésticas.

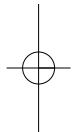
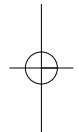
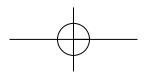




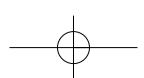


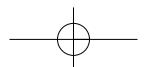
El aroma dulzón de la panadería, siempre es evocador de la seguridad  
de nuestro descanso nocturno y del pan nuestro de cada día.



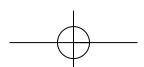


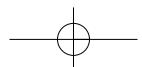
Partiendo oliva. Con el cuidado de no pillarse los dedos,  
la oliva quedaba dispuesta para el proceso de conservación





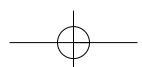
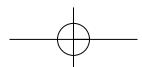
Cuánta sabiduría, cuántas alegrías y penas, cuánta dignidad puede guardar en su ser esta mujer.  
Ahí está, resuelta y bien equipada como guardando el agua, tan necesaria, de su tinaja.



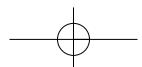


Echar las cañas. El rito de las cañas trataba de diagnosticar y curar algunas enfermedades. El movimiento y la torsión de las cañas, nos liberaba de la tensión y el dolor. Más allá de la eficacia del "curandero", se trataba de la confianza que se depositaba en la bondad de las relaciones; siempre había alguien que se disponía a ayudar.





Estampa dominical de un bautizo.  
Con la mejor vestimenta, los ciudadanos comparten de modo festivo el encuentro semanal.  
Son momentos agradables de convivencia y de afianzamiento de vínculos



Amigos, compañeros, vecinos y familiares acompañan al muerto. Amables disputas por transportar el féretro que llega hasta el cementerio. Allí, las condolencias y el adiós definitivo.

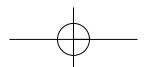
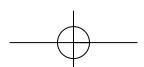
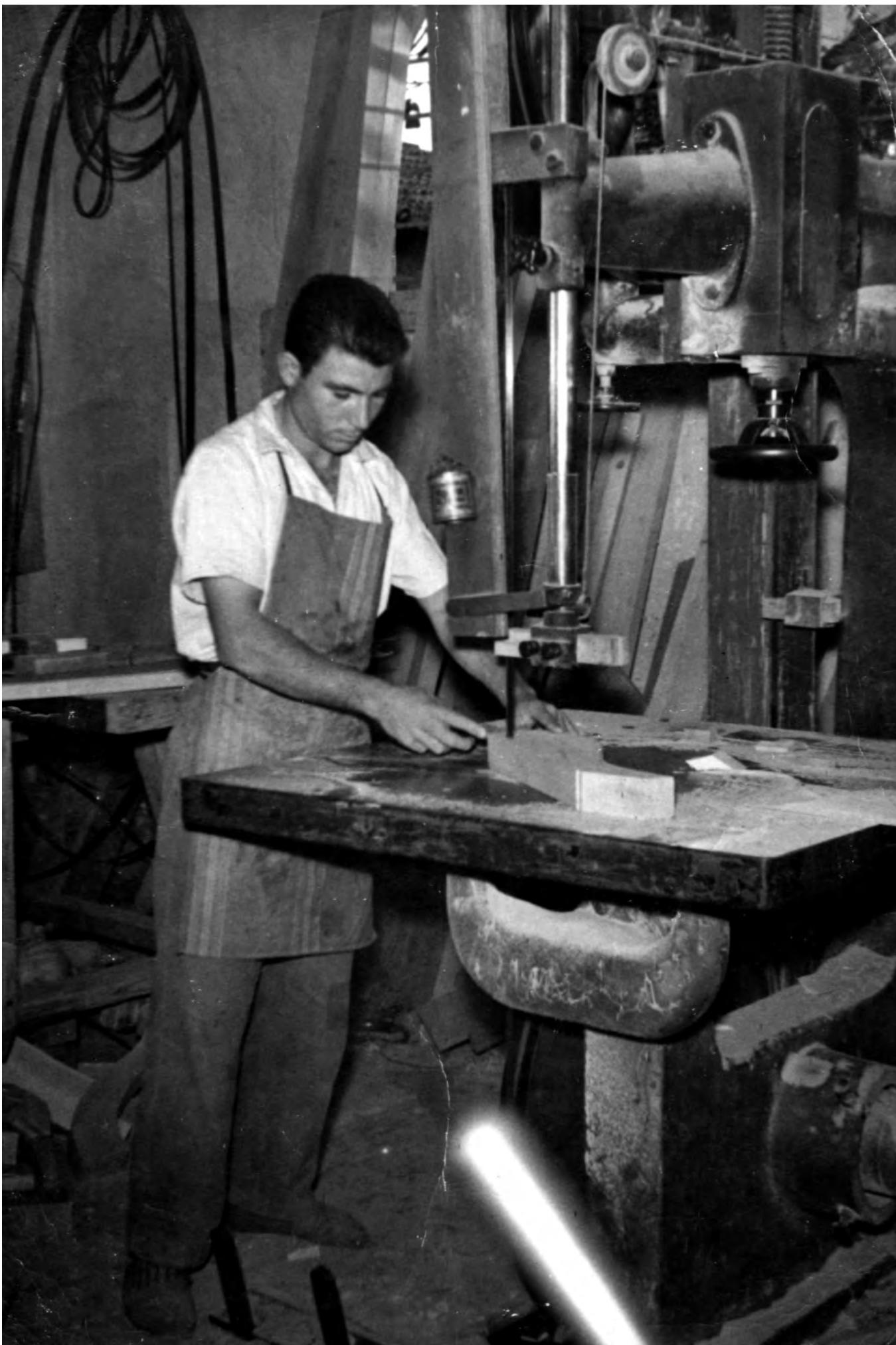
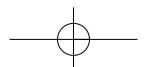
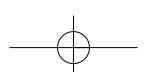


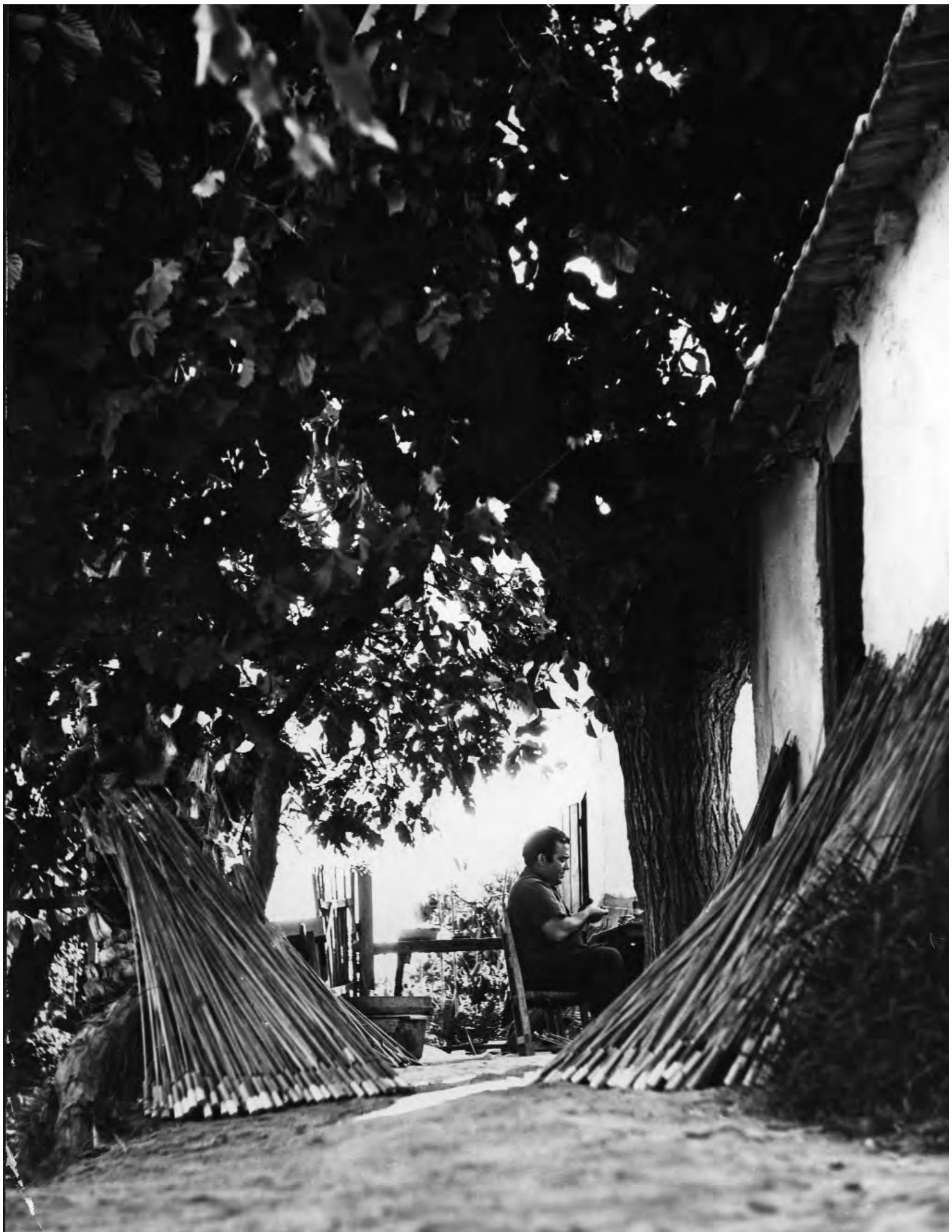
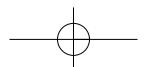
Imagen armoniosa que se desprende de la comunicación transgeneracional en el aprendizaje de los oficios.  
Oficios, todavía más manuales que mecánicos, más artesanos que industriales.



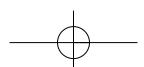


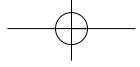
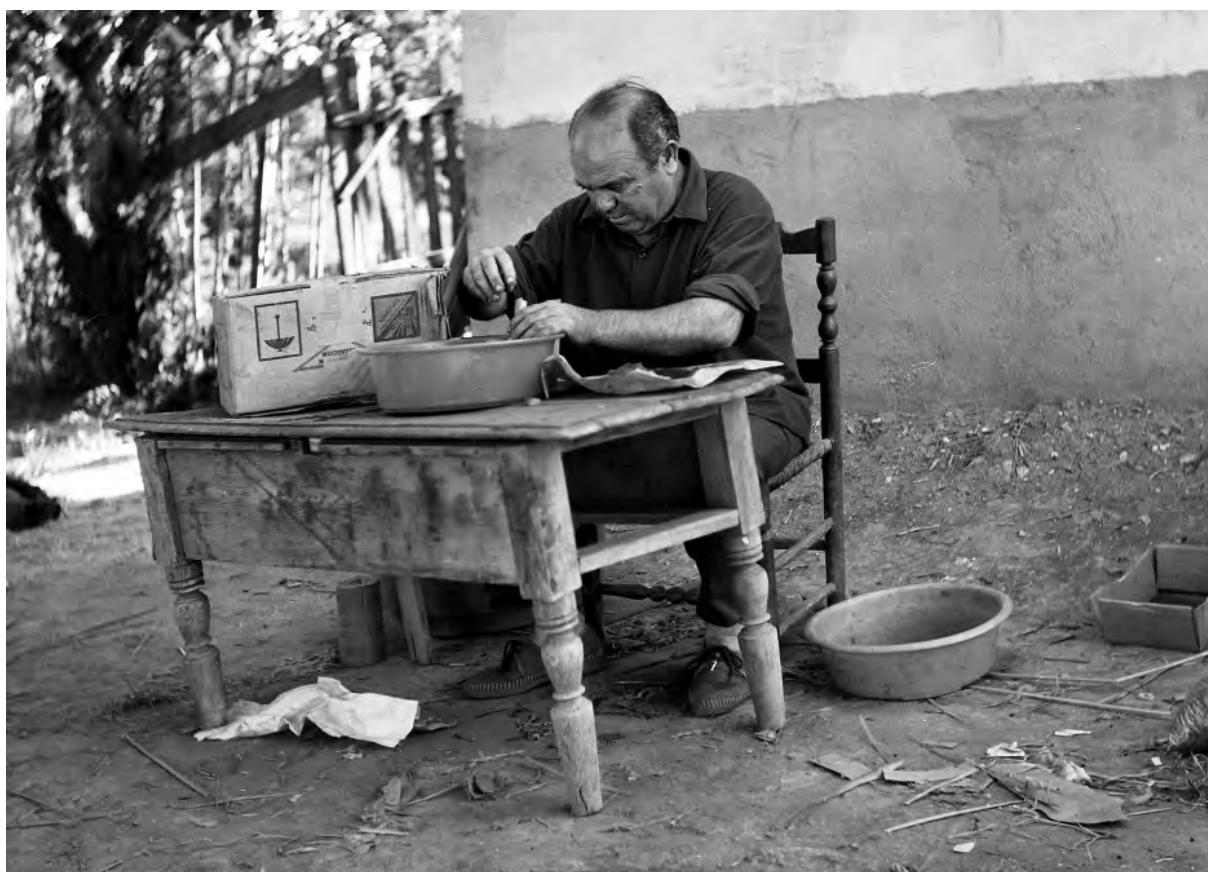
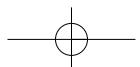
Destreza, habilidad, dedicación y "saber hacer" son los ingredientes de un buen trabajo de carpintero.

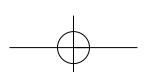
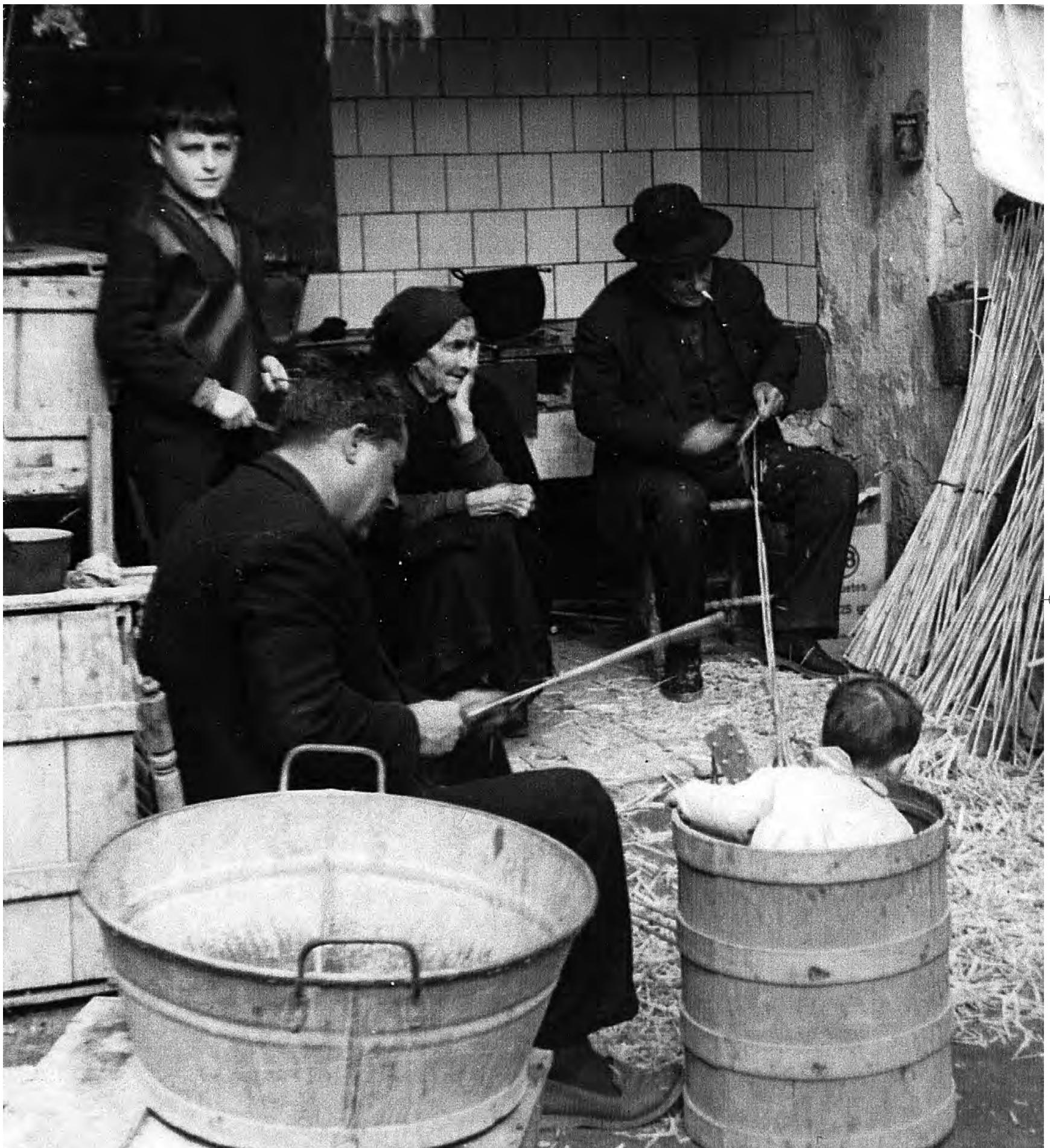
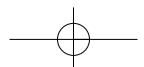


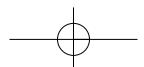


Taller de los Catorras. Preparando la pólvora, los cohetes, las tracas, en el esmero de que los truenos no solo estén a la altura de la fiesta, sino que la estimulen.

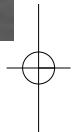
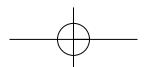




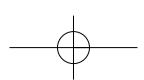


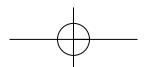


Entrañable estampa familiar, "Los Bernardinos". En muchas ocasiones, el trabajo era un modo más de participación familiar. En la compañía hacendosa del abuelo y sus cigarrillos, al amparo de consejos e historias de la abuela, con la perseverancia del padre y/o la madre, con la mirada avispada para aprender del niño y con el empuje infatigable del pequeño, se realizaba el trabajo.

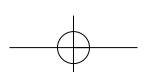


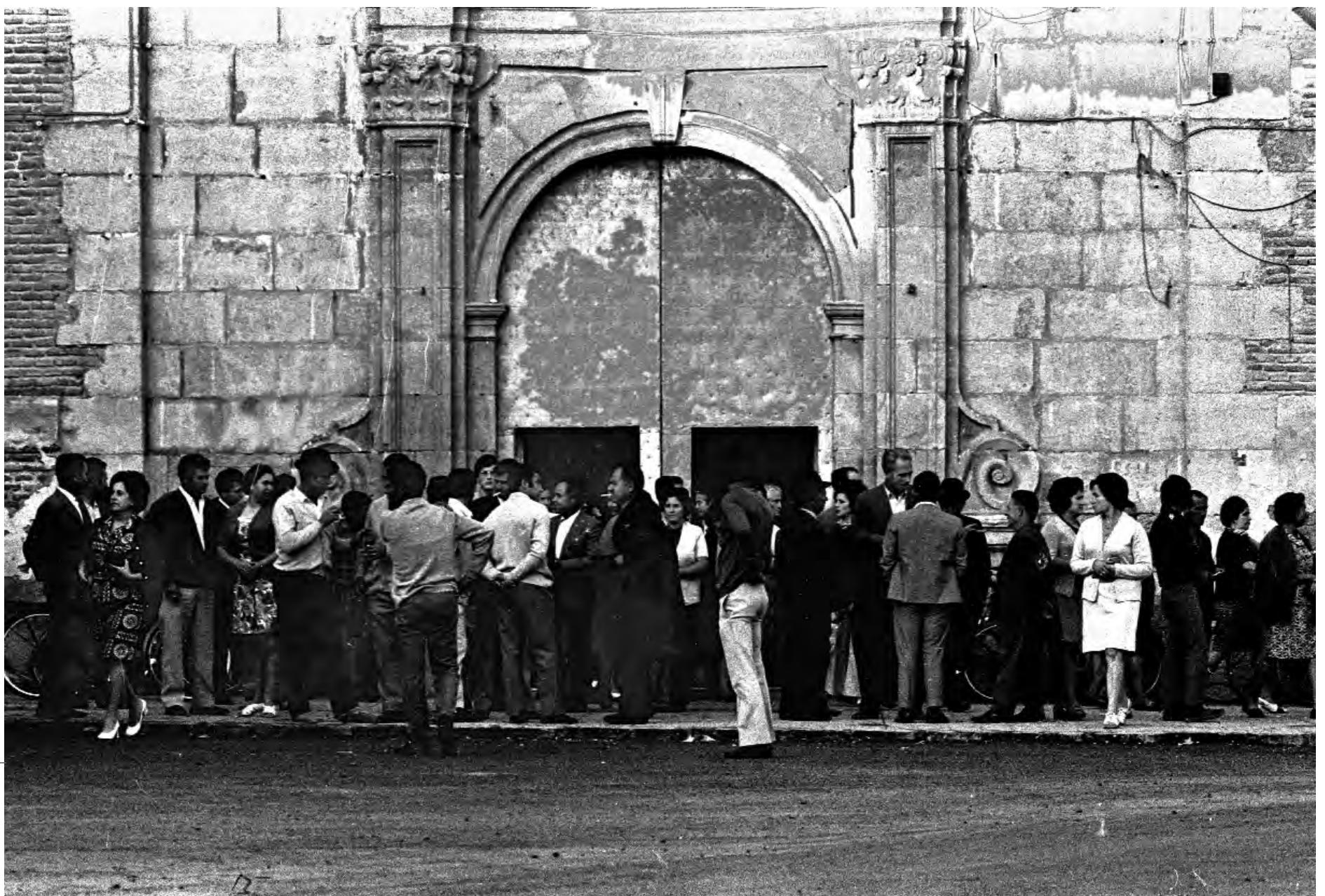
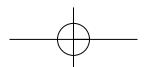
A la casa, el reclinatorio cargado, el paso apresurado. Atrás la gente que sale de misa primera, y por fin la vuelta a casa en la bicicleta de freno de varilla.



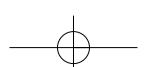


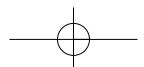
Después de la misa de los niños y antes de la desbandada, protagonizaron el momento. ¿Cuándo volverán a juntarse todos?



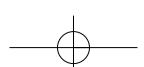


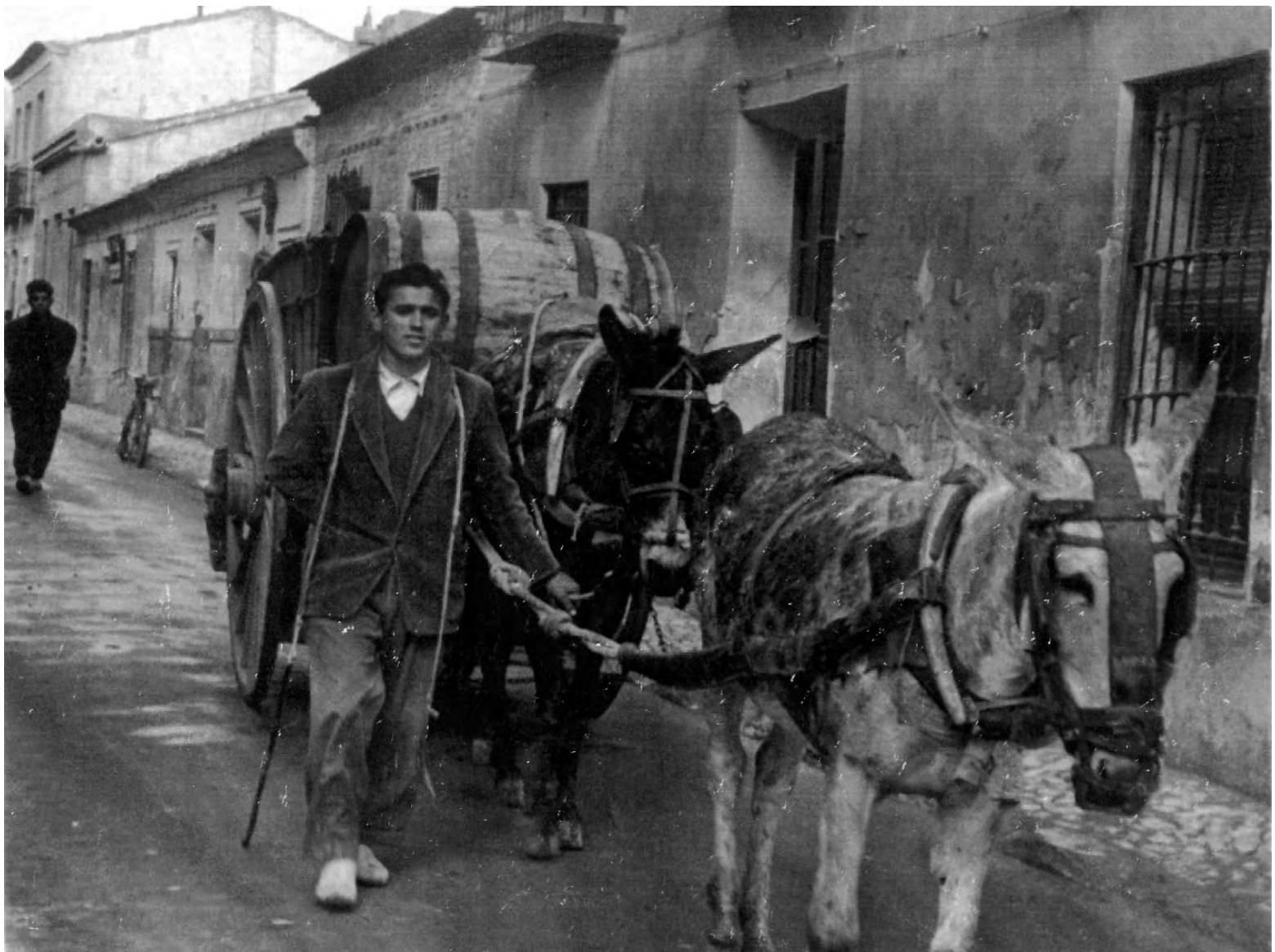
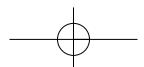
Salida de Misa. La Misa termina en la amena conversación que se produce al salir a la calle. Espacio para saludar, compartir, preguntar, o, simplemente, sentirnos interesados unos en los otros.



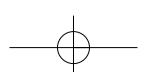


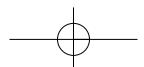
De vuelta a casa en un medio día veraniego.



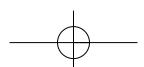


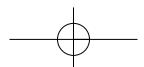
El vino de Jumilla llegaba al pueblo en los carros tirados por reatas de mulas atravesando “la cuesta colorá” hasta la huerta.





"Sin prisas y sin papeles": multando a un carro.  
Bella estampa de la normalidad municipal y la serenidad ante la ley.

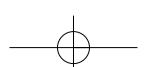


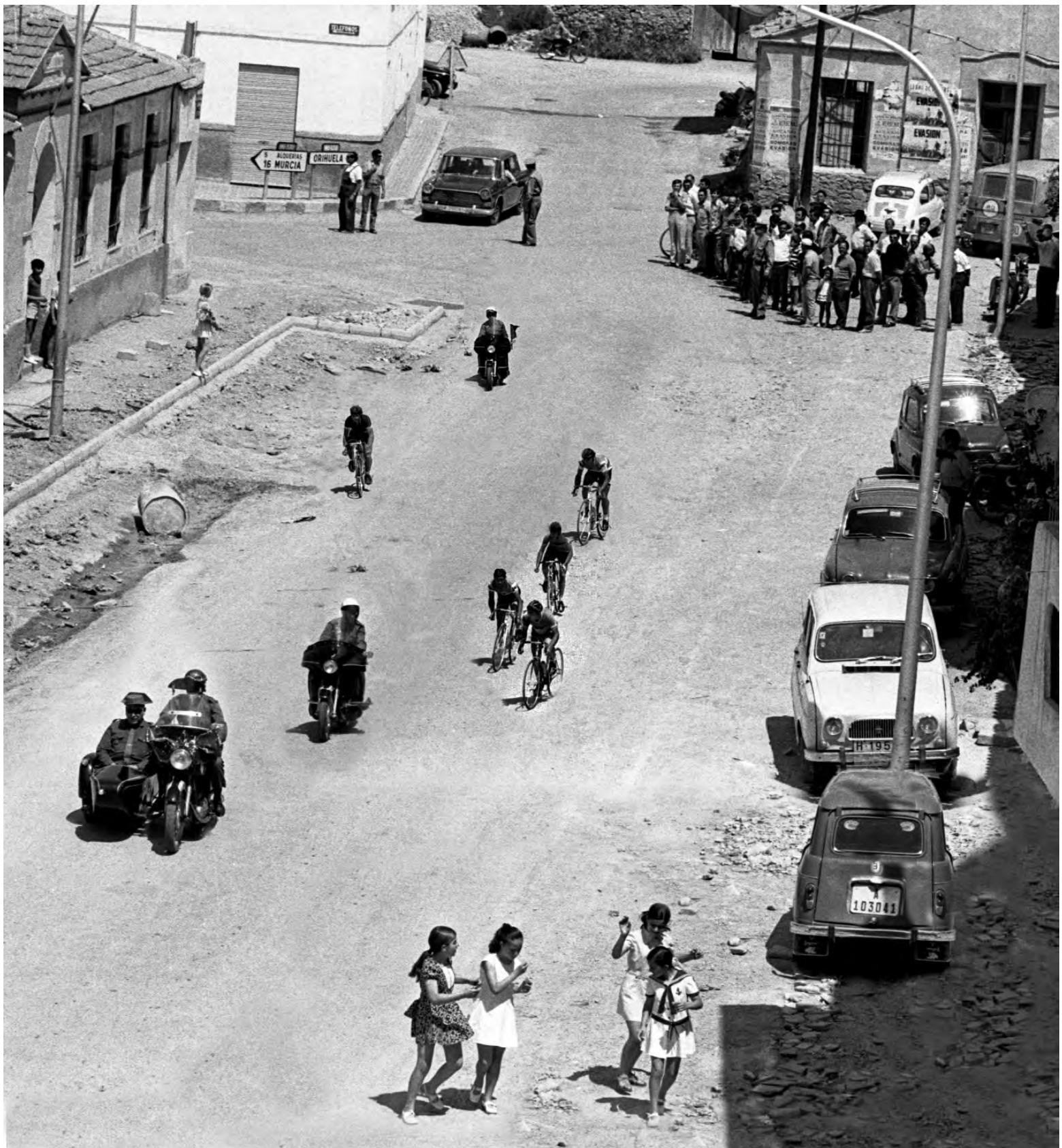
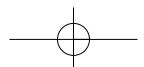


¡Que viene el lechero! Esa leche cremosa, sostenida por las manos fuertes y huesudas del lechero, con olor a leche, con sabor a fortaleza y esfuerzo, con el calor de lo artesanal.

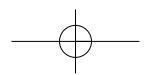


El taxi del "Tío Raimundo" resolvió frecuentes urgencias.





La moto con sidecar de la guardia civil, última en Beniel, abriendo el camino a los ciclistas.

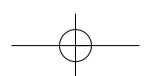


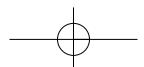
Lavando en el río. Imagen entrañable que muestra los enormes esfuerzos de otros tiempos.

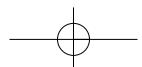
Cada una con su zafa de ropa, compartiendo esfuerzo y conversación, nos evoca la complicidad y calidez de las relaciones.



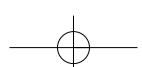
En los días de calor el río era la mejor playa.  
¡Qué nostalgia la de aquél río!  
La vida del río, el río de la vida.  
¡Cuidemos nuestro río, cuidemos nuestra vida!

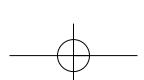
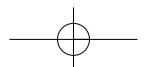


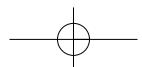




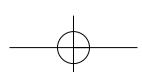
Los titiriteros. Personajes de circo, personajes de la fantasía que siempre lograban congregar a la gente para observar sus proezas o las de sus animales; en esta ocasión acompañados por un niño, un perro y un mono, bajo la atenta mirada de D. José, el cura, que tantos años nos acompañó.

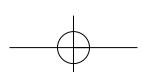
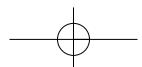


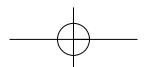




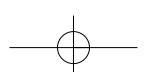
La matanza del cerdo era un hecho muy habitual, en el que participaba toda la familia y se aprovisionaba de alimentos para un tiempo. Era un hecho también festivo y, como tal, parte de la matanza era "el presente", que es una pequeña muestra de partes del cerdo que se hacía llegar como regalo a los vecinos más cercanos.

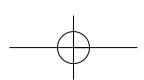
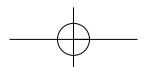


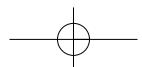




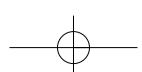
La caldera de cocer las morcillas, abastecida de cebolla por la abuela y de magra por los “matachines”.

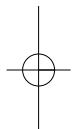
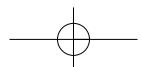




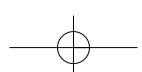


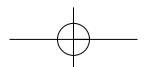
La recogida de basuras siempre ha sido importante en la vida de los pueblos; en este tiempo, se hacía con gran esfuerzo.



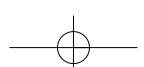


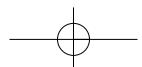
La ronda diaria de la guardia civil imprimía mucho respeto en las calles.



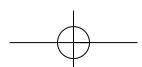


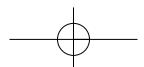
Andres "El Tiribi" y "El Tio Lara" en el carro que todavía se seguía utilizando como medio de transporte.



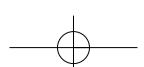


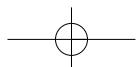
El mercado de los lunes era la mañana de los lunes; una mañana sin tiempo, una mañana de encuentro "espontáneo" con los vecinos. Un tiempo sin tiempo, el tiempo de intercambiar impresiones, al abrigo de los puestos de compra, al mimo de los vendedores. La mirada a los demás y la palabra daba cuerpo el mercado y, de paso, se hacía la compra semanal.



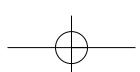


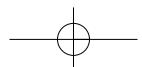
Las calles General Mola y Caudillo, las más nutridas de puestos.



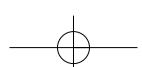


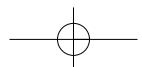
Ofreciéndose toda clase de productos de la huerta, pasaba la mañana de los lunes.





En el mercado semanal, la recova acogía a las huertanas que vendían sus pollos, huevos y conejos. Con la romana, se fijaba la transacción justa de peso.

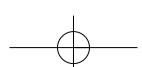


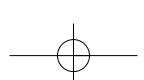
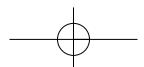


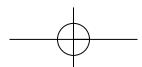
Puesto con gran variedad de loza.



Mientras, con las capazas llenas, las mujeres echaban un plática antes de volver a casa.



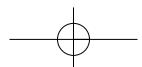




En los patios de la casas o en las de la huerta la mujer tenía suficiente anchura y comodidad para muchas labores domésticas.

Desplumar el capón. El brillo de esta imagen son los elementos que la componen: la silla de anea o soga llena de historia. La bicicleta, los gatos que esperan el festín, el árbol que facilita el proceso alimenticio y la mujer que con sus manos despluma el ave, casi con seguridad, con motivo de alguna celebración.

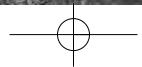
Mirando la imagen, aún podemos paladejar el ave cocinada, cuidada en el corral.

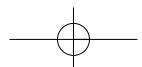


La luz de la calle. Nuestras calles disponibles para todos y esa fiel amiga y compañera que era la bicicleta.

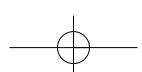


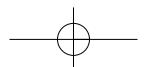
La rutina diaria familiarizaba a los ciclistas con el tren y burlaban el riesgo.





Bar Tiribi. ¿Quién no ha estado en el Bar Tiribi? Lugar de encuentro y de planes.  
Desde su barra y ventanales se veía pasar el tiempo del pueblo

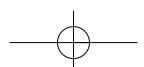


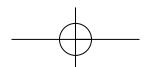


Decoración navideña de la plaza. El 600 y la bicicleta, testigos de la noche festiva.



La "cuadrilla" en una de sus populares actuaciones.





Bajada y subida de la campana. La campana era el altavoz del pueblo. Avisaba el paso de las horas, la hora de Misa, el fallecimiento y entierro de una persona, las riadas, el fuego, etc. El lenguaje de las campanas nos hablaba de algo común y fortalecía el establecimiento de vínculos y de pertenencia. A un pueblo sin campana le faltaba algo esencial. Por ello, la bajada de la campana para su arreglo era hecha con todo mimo.

